

pero que nos habian atemorizado con los peligros del camino, y habiéndose él ofrecido à conducirnos, estendió delante del jeque un billete por el cual salia responsable de cualquier accidente que pudiera ocurrirnos. Persuadidos de que Hasan era hombre de honor, aceptamos su proposicion.

Ya habia llegado la primavera; el desierto, poco antes tan árido, se habia cubierto repentinamente de una alfombra de verdura y flores. Este espectáculo encantador nos movió à acelerar nuestra partida: la víspera depositamos en casa del cura Mousi una parte de nuestras mercancías, para no escitar la atencion ni la codicia. Naufal deseaba volverse à Homs, por lo que el señor Lascaris le despidió dándole una buena recompensa, y al dia siguiente, despues de haber ajustado à algunos camelleros con sus camellos, nos despedimos de los vecinos de Corietain, y habiéndonos provisto de agua y víveres para dos dias, salimos muy de mañana, llevando una carta de recomendacion del jeque Selim para el jeque de Palmira, llamado Ragial el Oruk.

Al cabo de diez horas de camino, en la direccion del Levante, nos paramos junto à una torre cuadrada, muy alta y de construccion muy maciza, llamada Caser el Surdan, en el territorio de Dawh. Esta torre, construida en tiempo del imperio griego, servia de puesto avanzado contra los persas

que venian à llevarse cautivos à los habitantes de este pais: este antemural del desierto ha conservado su nombre hasta nuestros dias. Despues de haber admirado su arquitectura, que es de una buena época, nos volvimos à pasar la noche en nuestro pequeño Khan, donde pasamos mucho frio. Por la mañana, cuando nos disponiamos à partir, el señor Lascaris, poco acostumbrado todavia à los movimientos de los camellos, monta sin cautela en el suyo, que levantándose de improviso, le tira al suelo.

Acudimos à él y nos pareció que se habia deslocado un pié; pero como no queria detenerse, despues de habérsele vendado lo mejor que pudimos, volvimos à ponerle en su cabalgadura y proseguimos nuestro camino. Dos horas hacia caminábamos, cuando vimos alzarse à lo léjos una polvareda que venia hácia nosotros, y pronto pudimos distinguir seis ginetes armados. Apenas los divisó Hasan, se quita la pelliza, coje su lanza y echa à correr hácia ellos, gritándonos que nos estemos quedos: cuando los alcanzó, les dijo que éramos unos mercaderes que íbamos à Palmira, y que se habia comprometido delante del jeque de Selim y de todo el pueblo, à llevarnos hasta ese punto con seguridad; pero aquellos beduinos, de la tribu El Hasné, sin querer escuchar nada, se precipitan sobre nosotros; Hasan parte à escape para cortarles el camino;

ellos quieren rechazarle y se traba la pelea. Nuestro defensor era conocido por su denuedo; pero sus adversarios eran igualmente animosos. Por espacio de media hora sostuvo su choque; pero al cabo, herido de una lanzada que le atraviesa el muslo, se retira hácia nosotros, y pronto cae de su caballo. Los beduinos quieren despojarnos; entónces Hasan, tendido en el suelo, chorreándole la sangre de su herida, los apostrofa en estos términos:

—“¿Qué haceis, oh amigos míos? osais violar los
 “ derechos de los árabes, los usos de los beduinos?
 “ Esos hombres á quienes despojais son mis her-
 “ manos, les he empeñado mi palabra, he respon-
 “ dido de cuanto pudiera sucederles, y los robais!
 “ Es eso obrar con honor?”

—“¿Por qué te has comprometido á llevar á unos
 “ cristianos á Palmira? le respondieron: ¿no sabes
 “ que Mehanna el Fadel (el jeque de su tribu) es
 “ el gefe del pais? ¿Cómo no le has pedido per-
 “ miso?”

—“Ya lo sé, repuso Hasan, pero estos mercade-
 “ res tenían prisa, y Mehanna está lejos de aquí.
 “ Les he empeñado mi palabra; conocen nuestras
 “ leyes y nuestras usanzas, que nunca cambian.
 “ ¿Es digno de vosotros violarlas, despojando á
 “ esos estrangeros, ydejándome herido de este mo-
 “ do?”—Al oír esto, cesaron los beduinos en sus
 violencias y respondieron:

—“Todo lo que dices es cierto y muy justo, y
 “ pues es así, no tomaremos á tus protegidos mas
 “ que lo que quieran darnos.”

Apresurámonos á ofrecerles dos machlas, una pelliza y cien piastras, con lo que se contentaron y nos dejaron proseguir nuestro camino. Hasan sufría mucho de su herida, y como no podía volver á montar á caballo, le dí mi camello y tomé su yegua. Todavía caminamos cuatro horas; pero cuando se puso el sol, tuvimos que hacer alto en un sitio llamado Waddi el Nahr (valle del rio), pero en el que sin embargo no se hallaba ni una gota de agua, y nuestras odres estaban vacías; el ataque de por la mañana nos habia retrasado tres horas, y era imposible ir mas léjos aquel día. A pesar de lo mucho que teníamos que sufrir, todavia nos considerábamos muy dichosos de haber escapado de manos de los beduinos y haber conservado nuestros vestidos, que nos guarecian un poco de un viento frio que se hacia sentir de un modo harto desagradable: en fin, divididos entre la alegría y el dolor, aguardamos con impaciencia las primeras horas del día. Jeque Ibrahim sufría de su pié, y Hasan de su herida; por la mañana, despues de haber acomodado á nuestros enfermos lo mejor que pudimos, proseguimos nuestro camino, siempre hácia el Levante. A cinco cuartos de hora de Palmira, hallamos un arroyo subterráneo, cuyo manan-

tial es enteramente desconocido, igualmente que el sitio donde se pierde: se ve correr el agua por unos boquetes de sobre cinco piés, que forman unas especies de estanques. Escusado es decir el placer con que bebimos: el agua nos pareció escelente.

A la entrada de un desfiladero formado por la conjuncion de dos montañas, vimos en fin la célebre Palmira. Este desfiladero forma por espacio de un cuarto de hora un ingreso á la ciudad; á lo largo de la montaña, por el lado de medio dia, se estiende, cosa de tres horas, una muralla antiquísima. En frente, á la izquierda, se ve un antiguo castillo llamado *Co Lat Ebn Maaen*, construido por los turcos antes de la invencion de la pólvora. Este *Ebn Maaen*, gobernador de Damasco, en tiempo de los califas, construyó este castillo para cerrar á los persas la entrada en Siria. Luego llegamos á una espaciosa plaza llamada Waddi el Cabuur (valle de las sepulturas): los sepulcros que le cubren aparecen de léjos como torres: cuando nos acercamos, vimos que en él habian dispuesto nichos para recibir á los muertos: cada nicho está cerrado por una losa, en el que está grabado el retrato del que le ocupa. Las torres tienen tres y cuatro pisos, que comunican entre sí por una escalera de piedra, generalmente muy bien conservada. Desde allí entramos en un espacioso recinto habitado por los árabes, que le llaman el castillo, y que

encierra las ruinas del templo del sol. Doscientas familias habitan en estas ruinas.

Inmediatamente fuimos á ver al jeque Ragial el Oruk, anciano venerable que nos recibió muy bien y nos hizo cenar y dormir en su casa. Este jeque, como el de Corietain, suministra doscientos caballos a la gran caravana de la Meca.

Al dia siguiente, habiendo alquilado una casa, desempaquetamos nuestras mercancias. Vendé el pié de Jeque Ibrahim, que en efecto estaba dislocado, y le dió que sufrir por mucho tiempo. Hasan halló en Palmira amigos que le asistieron, y habiéndose restablecido en breve, vino a despedirse de nosotros y se fué contentísimo del modo como le recompensamos.

Precisados á no salir de casa durante algunos dias, á causa del pié de jeque Ibrahim, empezamos á vender algunos objetos para confirmar nuestra calidad de mercaderes; pero ápenas el señor Lascaris se halló en estado de andar, fuimos á visitar el templo muy detenidamente. Otros viajeros han descrito sus ruinas, y así no hablaremos mas que de lo que se ha escapado á sus observaciones sobre el pais.

Un dia vimos en una plaza mucha gente ocupada en rodear de madera una hermosísima columna de granito, y nos dijeron que lo hacian para quemarla, ó mas bien para derribarla á fin de extraer

el plomo que se hallaba en las junturas. Jeque Ibrahim, lleno de indignacion, exclamó dirigiéndome la palabra:

—“¿Qué dirían los fundadores de Palmira si viesen á estos bárbaros, destruir de ese modo su obra? Pues que la casualidad me ha traído aquí, quiero oponerme á ese acto de vandalismo.”

Y habiéndose informado de lo que podia valer el plomo, dió las cincuenta piastras que e pedian, y la columna quedó por nuestra:—es del mas hermoso granito rojo, jaspeado de azul y blanco; tiene sesenta y dos piés de altura sobre diez de circunferencia. Los palmiranos, viendo nuestra afición á los monumentos, nos indicaron un sitio curioso, y á hora y media de camino, donde antiguamente se labraban las columnas, y donde todavia se hallan bellísimos fragmentos, tres árabes se ofrecieron á llevarnos á él por tres piastras. El camino está salpicado de hermosas ruinas, descritas, segun creo, por otros viajeros. Por nuestra parte, observamos una gruta en la que habia una magnífica columna de mármol blanco, labrada y cincelada, y otra solamente empezada á labrar, como si el tiempo, que h destruido tan grandes magnificencias, hubiese faltado para colocar la primera y acabar la segunda.

Despues de haber recorrido varias grutas y visitado las cercanías, volvimos por otro camino. Nues-

tros guías nos enseñaron una hermosa fuente atestada de grandes piedras, llamado *Ain Ournus*, nombre que llamó mucho la atención de Jeque Ibrahim, quien fué pensando en él todo el camino; al fin me llamó y me dijo:

—“Ya he descubierto lo que quiere decir el nombre de *Ournus*. Aureliano, emperador romano, vino a sitiar a Palmira y a apoderarse de sus riquezas; probablemente él haría labrar esta fuente para las necesidades del ejército durante el sitio, y la fuente tomaría su nombre que por corrupcion se habrá convertido en *Ournus*.”

En mi humilde opinion, no es infundada la conjetura de Jeque Ibrahim.

Los habitantes de Palmira no se ocupan de cultivar la tierra; su principal trabajo es beneficiar una salina, cuyos productos envían a Damasco y a Homs. Tambien hacen mucha sosa; la planta que la suministra es muy abundante; la quemán y envían igualmente las cenizas a dichas dos ciudades para hacer jabon: a veces las mandan hasta Trípoli de Siria, que tiene numerosas fábricas de jabon y despacha para el Archipiélago!

Un dia nos hablaron de una gruta curiosísima, pero cuya angosta y oscura entrada estaba casi cerrada, a tres horas de Palmira; deseamos visitarla, pero mi aventura con Hessaisoun estaba demasiado recientes para que nos arriesgásemos a

a ella sin buena escolta; por lo que rogamos a Jeque Rugial que nos hiciese acompañar por personas seguras. Admirado de nuestro proyecto:

— “Muy curiosos sois, nos dijo: ¿qué os importa esa gruta? En vez de ocuparos en vuestro comercio, empleais el tiempo en esas fruslerías! Nunca he visto comerciantes como vosotros.”

“ El hombre gana siempre en ver las bellezas; de la naturaleza,” le respondí. Diónos el jeque seis hombres armados, me proveí de un manojo de bramante, de un gran clavo y de hachas, y salimos muy de mañana; al cabo de dos horas de camino, llegamos al pié de una montaña; un gran boquete que nos enseñaron formaba la entrada de la gruta, hincé mi clavo en un sitio escondido, até á él la cuerda por una punta, y llevando en la mano el lio, seguí á Jeque Ibrahim y á los guias que llevaban las hachas. Ya andábamos hácia la derecha, ya hácia la izquierda, ora subíamos, ora bajábamos; la gruta es tan grande que podria servir de cuartel á un ejército entero. Hallamos en ella gran cantidad de alumbre; la bóveda y las paredes estaban llenas de azufre, y el suelo cubierto de nitro. Observamos una especie de tierra rojiza, muy menuda que tiene un gusto ácido: Jeque Ibrahim se guardó un puñado de ella en el pañuelo. Esta gruta está salpicada de cavidades labradas á cincel, de donde se sacaron antiguamente metales. Nuestros guias

nos contaron que varias personas se habian extraviado y habian muerto en aquella gruta: un hombre anduvo por ella dos dias buscando en vano la salida, cuando vió un lobo, y ahuyentándole á pedradas, le siguió, y de esta suerte llegó al boquete. Cuando se me acabó la cuerda nos volvimos atras: sin duda el atractivo de la curiosidad nos habia allanado el camino, pues nos costó sumo trabajo llegar á la entrada: apenas salimos, almorzamos á la ligera y nos volvimos á Palmira. El jeque, que nos aguardaba, nos preguntó qué habiamos ganado en nuestra escursion: “Hemos reconocido, le dije, que los antiguos eran mucho mas hábiles que nosotros, pues por sus trabajos se ve que entraban y salian con facilidad y nosotros lo hemos conseguido á duras penas.”

Echóse á reir y le dejamos para ir á descansar. Por la noche Jeque Ibrahim se halló el pañuelo donde habia guardado la tierra roja todo agujereado y como podrido; la tierra se le habia derramado en el bolsillo; metióla en una botella, (1) y me dijo, que probablemente los antiguos habian sacado oro de aquella gruta; los experimentos químicos prueban que donde se halla azufre suele haber oro, y ademas los grandes trabajos que habiamos observado no podian haberse hecho únicamente para extraer azufre y alumbre, sino para sacar algo mas

(1) En Egipto perdió esta botella con todo lo demas.

precioso. Si los árabes hubieran podido sospechar que íbamos a buscar oro, nuestra vida hubiera corrido peligro.

Por días se iba hablando mas de que se acercaban los beduinos, cosa de que ese alegraba Jeque Ibrahim, cual si hubiera esperado á unos compatriotas; así tuvo la mayor satisfaccion cuando le anuncié la llegada de Mahanna el Fadel gran príncipe beduino. Al instante quiso salir á recibirle, pero le hice presente que seria mas acertado aguardar una ocasion favorable de ver á alguno de la familia del emir (príncipe). Yo sabia que generalmente Mehanna enviaba un mensajero al jeque de Palmira para anunciarle su llegada, y en efecto ví llegar un día once ginetes beduinos, y supe que entre ellos se hallaba el emir Nasser, el hijo mayor de Mahanna, noticia que llenó de gozo á jeque Ibrahim. Al instante fuimos á casa de jeque Ragial para hacernos presentar al emir Nasar, que nos recibió muy bien.

—“Estos estrangeros, le dijo Ragial, son unos honrados comerciantes que traen de venta varios géneros para uso de los beduinos; pero los han atemorizado de suerte que no se atreven á ir al desierto á menos de que los tomeis bajo vuestra proteccion.

El emir Nasser volviéndose hácia nosotros:

“Esperad, nos dijo, toda especie de prosperida-

“des; sereis muy bien venidos, y os prometo que nada os sobrevendrá mas que la lluvia que cae del cielo.”

Dímosle muchas gracias, diciéndole:

—“Pues hemos tenido la dicha de hacer conocimiento con vos, y pues teneis la bondad de ser nuestro protector, es preciso que nos hagais el honor de comer con nosotros.”

Los árabes en general, y particularmente los beduinos, miran como un empeño de fidelidad inviolable haber comido con alguno, y aun solo el haber partido el pan como él. Convidámosle, pues, con toda su comitiva, igualmente que al jeque; hicimos matar un carnero, y nuestra comida, preparada al modo de los beduinos, les pareció excelente; á los postres, les presentamos higos, pasas, almendras y nueces, lo que fué para ellos un gran regalo. Despues del café, cuando empezamos a hablar de cosas indiferentes, contamos a Nasser nuestra aventura con los seis ginetes de su tribu; queria castigarlos y hacernos restituir nuestros efectos y nuestro dinero; pero le rogamos que no lo hiciese, asegurándole que teniamos por muy bien empleado lo que habiamos dado. Hubiéramos querido salir con él el día siguiente; pero nos instó a aguardar la llegada de su padre, que todavia estaba con su tribu á ocho dias de distancia: prometió enviarnos una escolta y camellos para llevar nuestras mercancías; para mayor seguridad le rogamos que

nos hiciese escribir por su padre, y así nos lo prometió.

Dos dias despues llegó á Palmira un beduino de la tribu el Hassné, llamado Bani, y pocas horas despues otros siete beduinos de la tribu el Daffir, que está en guerra con la de Hassné. Noticiosos estos de que se hallaba en la ciudad uno de sus enemigos, resolvieron ir a esperarle fuera de Palmira para matarle. Prevenido Bani, vino a nuestra casa, ató su yegua a nuestra puerta y nos pidió que le prestásemos un fieltro de los varios que teniamos para envolver nuestras mercancías. Dile uno que tuvo metido en agua media hora, y luego le puso mojado sobre los lomos de su yegua, echándole la silla por encima; dos horas despues tuvo el animal una furiosa diarrea que duró toda la noche, y al dia siguiente parecia que no tenia nada en el cuerpo: entonces Bani le quitó el fieltro, que nos devolvió, cinchó muy bien a su yegua y partió.

A cosa de las cuatro de la tarde, vimos volver sin botin á los beduinos de la tribu el Daffir, y habiéndoles preguntado uno qué habian hecho de la yegua de Bani:

—“Voy a contaros, dijeron, lo que nos ha sucedido. Por no hacer agravio a Ragial, tributario de Mehana, nos abstuvimos de atacar a nuestro enemigo en el pueblo; hubiéramos podido aguardarle en un paso estrecho, pero éramos sie-

“te contra uno y resolvimos quedarnos en campo raso. Apenas le divisamos, nos precipitamos sobre él; pero apenas se halló en medio de nosotros, lanzó un grito diciendo á su yegua:

—*Jak Hamra!*

“Hoy te toca á tí,—y partió como un rayo. Hasta su tribu le perseguimos sin poder alcanzarle, asombrados de la velocidad de su yegua que parecia un pájaro cortando los vientos.”

Entonces les conté la historia del fieltro, que les admiró mucho, pues no tenian, a lo que dijeron, ninguna idea de semejante brujería.

Ocho dias despues tres hombres vinieron á buscar nos parte de Mehanna el Fadel, trayéndonos camellos y una carta de él, concebida en estos términos:

¡Mehanna el Fadel, hijo de Melkhgem, á Jeque Ibrahim y á Abdalla el Kratib, salud! ¡La misericordia de Dios sea con vosotros! A la llegada de nuestro hijo Nasser, hemos tenido noticia del deseo en que estais de visitarnos; sed muy bien venidos; vuestra llegada derramará la bendicion sobre nosotros. Nada temais, pues teneis la proteccion de Dios y la palabra de Mehanna, nada os eocará mas que la lluvia del cielo.

Firmado, MEHANNA EL FADEL.

Junto á la firma habia un sello. Esta carta causó la mayor satisfaccion á Jeque Ibrahim:—pronto despachamos nuestros preparativos, y á la